
UNA CANCIÓN DEL EMIGRANTE
(Fragmento)

Jaime Moreno Villarreal

Era Eugenia que venía bajando por la calle cargando su guitarra y se me quedó viendo raro, cómo me vería, eres tú, no lo creo, la había conocido en los pasillos de la prepa, qué haces aquí no podíamos darnos el abrazo cada uno blandiendo su guitarra, vengo de Bélgica me dice, y había ganado algún dinero, pues mira yo más o menos, me invita a comer pero yo escojo a donde conozco un buen lugar, un filete y una botella de vino, no no sabía que cantaras, comienzo a contarle y ella me dice yo no podría cantar en un lugar que huele tan mal, bueno uno se acostumbra al subsuelo, ella cantaba en la banqueta y me quedo pensando que incluso en plena superficie yo estoy en el subsuelo, vuelvo a llenar las copas, la estación central del metro de Bruselas está muy sucia y la gente pasa con demasiada prisa como para hacer caso pero en las calles peatonales se atascaba de turistas y grupos de amigos que buscaban una mesa para cenar, bueno yo canto también a veces en la calle, cruza mi memoria el olor a orines del empedrado frente a una cervecería que no está nada mal con mesas en la calle, pero la verdad es que gano más en el metro, en la calle la gente oye poco y se va, y el frío era octubre ya, el frío había disuadido a Eugenia, cantando en Bruselas, Gante y Brujas reunía a su alrededor montones de gente que coreaba, los músicos ambulantes están reglamentados en Bélgica, hay que portar una credencial que expiden las autoridades comunales, y me enseña y en la foto se ve despeinada, le pones este timbre que pagas como impuesto quincenalmente y la debes portar a la vista, si no obedeces los policías te arrastrarán por el suelo con tu instrumento hasta la comisaría, igualito que aquí, no puedes amplificar tu sonido más allá de

ciertos decibeles y puedes tocar sólo en las zonas de la ciudad que están marcadas, sobre todo en el centro y en zonas peatonales, no en los pasajes, y Eugenia me cuenta que además de arrojar monedas a su estuche, la gente le regalaba botellas, flores, prendedores y cuánta cosa, muchos le pagaban con moneditas extranjeras y ahí la tienes yendo al banco a cambiar montoncitos cada tercer día, y nuestra sed de vino prosperaba, Bruselas como un paraíso de los artistas del hambre en donde todo el mundo es respetado y regresa cada año a amasar su pequeña fortuna, ¿te imaginas vivir un año de lo que ganaste en el verano?, con dos horas sacaba dinero suficiente para ese día, Eugenia, yo no sé qué hacer ya, no gano y cada vez menos, podría hacerme a la mar o pedir en la embajada que me repatrien, no creo que te hagan caso con ese aspecto de perdulario, o quedarme a lavar platos aquí, buscar trabajo de traductor o una beca, y ella me dice ¿por qué no intentas tocar de fijo en algún sitio?, todo lo he intentado pero no se lo digo y lo único que me funciona es tocar en el metro, en mis adentros me digo lo que pasa es que por las noches para tocar en un café ya estoy un poco ebrio y con este aspecto, vuelvo a llenar las copas, si me cortara un poco el cabello y la barba y lavara estos pantalones, es mejor cantar de noche ella insiste, la gente está más achispada, pero los turistas van dejando aquí también todos han vuelto a sus trabajos, el verano terminó hace mucho y también ella fue perdiendo público y ya tenía que regresar a México para entrar a la Universidad, y empezó a cantar por necesidad, cuando cantas por gusto lo haces tan bien que la gente se queda, y no tienes que preocuparte por el dinero, pero cuando cantas por necesidad algo se te rompe en la cara, se acaban las flores y los prendedores, yo creo que la gente se da cuenta de que estás mal, ya no te da fácilmente su dinero, hasta que una de esas noches en que Eu-

genia ganó sólo veinte francos, una viejecita se le acercó y le dijo niña qué haces aquí vete por favor a tu casa, si quizás ya es hora de volver le digo y si quieres tomar más vino yo sé a dónde podemos beber al aire libre y bajo los árboles sin que nos molesten, y salimos del restorán, el metro rumbo al Boulevard de Menilmontant, compramos con el árabe una botella de borgoña y nos metimos entre las lápidas del cementerio Père Lachaise a buscar la tumba de Jim Morrison, fuimos hallando flechas de gis que los visitantes previos dejaban como pista para nuevos peregrinos, y leímos una inscripción que decía: "Jim: We all come to look for you though we know you're not here", ella o yo nos preguntamos ¿qué hemos venido a buscar aquí?, pero no lo preguntamos, abrimos la botella, sacamos las guitarras entre la gente que ahí llega y se instala, se acuesta en las losas contiguas, enciende las grabadoras, fuma marihuana y rocía con licores la escasa tierra cubierta de flores que tapiza la tumba, últimamente yo había tenido un sueño, tomaba el metro en Trocadéro y me bajaba en la estación Tacuba, subiendo morosos escalones, en lugar de avistar las mansardas y buhardillas, salía al cielo oloroso a diesel, fritangas, agua de flores y podre, me despertaba entonces aún en el sueño y salía con la guitarra, rasgándola en las plazas, sentado en las riberas de canales subterráneos, palomeando con una rubia delgadísima y un violinista de frac en las calles peatonales en torno al Boulevard de Sébastopol, cambiando las cuerdas rotas por unas cuerdas de metal que me hacían sangrar los dedos, somnoliento sobre la banqueta, sumergiéndome dos y tres horas al día en la línea Porte d'Orléans Porte de Clignancourt con otros callejeros, con Tanabe el japonés que subía a los vagones el amplificador y el micrófono de pie, con Ray Almond nítido con la plumilla, repertorio estrictamente Chuck Berry y Bo Diddley, también con los

Chaskis peñeros que salieron del arroyo y de vuelta al arroyo, y despertaban todavía ilusiones de cordillera y vendían con éxito sus cassettes y zamponas, pero hubo días en que no tenía ni dónde dormir, me veo la primera vez haciéndome el turno a la hora del cierre del metro República, el jefe de la estación monitorean por el circuito cerrado "el último tren ya pasó, ya no habrá más trenes, usted no debe permanecer en la estación, salga ahora mismo", y yo perdiéndome en los túneles, dejando atrás amenazas del altavoz a esas horas cuando los miasmas de los caños se transmiten naturalmente en humores del subterráneo, esquivo a una anciana embozada en un cobertor gris que impreca contra todo Dios la vista fija en el andén contrario, y me sentaba a buscar el sueño en la banca o en el asiento de plástico abrazado a la guitarra, poco a poco salían de los túneles otras sombras de hombres y mujeres, la atmósfera violenta, con hedores y vómitos, pero iba la gente a dormir y a las tres de la mañana el ruido de un carro de mantenimiento o de una botella que se estrella contra la grava me despertó y mi vista se fugaba por el túnel negro, adivinando muy al fondo una lucecita que era un poco de calor o compañía aquella noche en que me urge regresar a la ciudad de México y no había manera de conseguir boleto así que cuando esta chava me ofreció regresarme con ella qué chiripa salimos a la una de la mañana, tan pronto tomemos carretera y deje de verse la bahía de Acapulco, el Veinte, el Treinta, ella encenderá un toque y yo le dije nos vamos a encontrar con un retén apaga eso, pero ella a estas horas los sardos están jetones, no quiero fumar, tranquilísima ella al volante burlándose de mi miedo y comencé a alucinarla, le sube el volumen al estéreo, la noche se desfonda, sumiendo el acelerador deja atrás autobuses a la altura de Tierra Colorada y prende otro y le volvía a decir nos van a parar, Traffic

en vivo, va a haber un retén si quieres yo manejo, y de repente cuando la cosa es como mal sueño por el que te viertes veo una luz en la sierra allá muy adelante de nosotros, ¿no será el retén?, qué, me dice, yo no vi nada, vas a ver una luz allá adelante pero con las curvas a veces la ves y a veces no la ves, pues iremos dice y acelera como si costeara en lancha la boca del Club de Yates pero entramos silbando por el despeñadero, las percusiones de Reebop-Kwaku-Baah, dejamos atrás apenas un doble trailer enriscado y ella dice no veo nada de luz pero yo veo cada vez más nítidamente, tendrá que ser la luz que recorta las montañas, será un pueblo me dice o los resplandores de Chilpancingo, buen nombre para un grupo, no, fue una sola luz, en ese momento me doy cuenta de que estoy bien horneado y que si veo una luz es porque se me abrió la percepción, estaré viendo algo que ella no puede ver, precisamente lo que ella no puede ver, estoy desfondado, entonces trato de captar de qué se trata y me sumergí a través de la cordillera para averiguar si son soldados y me di cuenta de que no hay mala onda, de que no podrá haber maldad en aquella luz que es pura luz y le dije es benigna es una luz positiva, ella dice hablas como estúpido, es una luz bienhechora insisto tenemos que ir hacia allá yo ya sabía que no es un retén, y de repente saltará ella ¡ya la vil!, ahora era completamente fosfórica la noche cerrada, íbamos acercándonos, comenzará a iluminarlo todo, nimbo se hace iris en la sierra y en los desfiladeros, el paisaje rutilaba ¿será un incendio? preguntó o un avión estacionado en la carretera y la luz seguía creciendo, llegará a ser tan esplendente que estará amaneciendo, vi la cara iluminada de ella, como un chispazo, de súbito salimos de una curva cerrada y a un lado del camino sobre el barranco un foquito encendido que pendía de un palo.

